



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Antonio Caso, Henríquez Ureña y el positivismo: breve historia de una relación

Autor: Matute Aguirre, Álvaro

Forma sugerida de citar: Matute, A. (1997). Antonio Caso, Henríquez Ureña y el positivismo: breve historia de una relación. *Cuadernos Americanos*, 1(61), 126-139.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año XI, núm. 61, (enero-febrero de 1997).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

ANTONIO CASO, HENRÍQUEZ UREÑA Y EL POSITIVISMO: BREVE HISTORIA DE UNA RELACIÓN*

Por *Álvaro MATUTE*
UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

1

VIDAS PARALELAS LAS DE CASO Y HENRÍQUEZ UREÑA. La coincidencia generacional los hace casi iguales en curso vital. El mexicano era unos meses mayor que el dominicano y éste sobrevivió al primero no más de un semestre. Pero eso es más bien casual. Donde encuentro y propongo el paralelismo es en la construcción de un tipo ideal que ellos encarnaron mejor que nadie en su generación: el del académico. Esta figura era algo desconocida en la Hispanoamérica del siglo XIX, ya que por la ausencia de vida universitaria, los hombres de pluma tuvieron en esa centuria más de intelectuales que de profesores, en el sentido de hombres de ideas que influyeron en la toma de decisiones políticas. Caso y Henríquez Ureña se distinguieron más por ser académicos que por ser intelectuales, actividades semejantes no excluyentes, pero a fin de cuentas distintas. El intelectual es crítico o ideólogo. El académico es formador de discípulos, responsable de la continuidad en su trabajo. Con la pluma, el intelectual es ensayista, mientras que el académico es estudioso, erudito. El vocablo inglés *scholar* lo define muy bien. La

* El autor agradece al Ministerio de Educación de la República Dominicana y a la maestra Rosa Elena Pérez la invitación a presentar este trabajo en el homenaje a la memoria de don Pedro Henríquez Ureña, en su 1.º aniversario luctuoso. Asimismo, deja constancia de su agradecimiento a su alumno y amigo Miguel Ángel Castro por haberle facilitado importantes materiales no editados en México y muy difíciles de conseguir para la más satisfactoria conclusión de este texto.

actividad de ambos es muy parecida, pero existe una zanja que se ha hecho cada vez mayor en el tiempo. Algunos académicos son intelectuales; algunos intelectuales realizan trabajo académico. En la historicidad de estas figuras, el mejor prototipo de académico es don Pedro, en la medida en que otro personaje, José Vasconcelos, encarna mejor el prototipo del intelectual. Caso está en medio, pero más inclinado hacia la esquina del académico. Incluso en aquello de su obra que linda más con la actividad intelectual, como la colaboración periodística, aprovechó el artículo para seguir enseñando.

No partieron de la nada. En México ya se habían dado ese tipo de figuras, pero distaban mucho de consolidarse. Un ejemplo es Gabino Barreda, el introductor del positivismo. Ante todo académico, aunque con buena carga de trabajo como intelectual orgánico; Justo Sierra fue más esto último, pero también fue un buen maestro formador. En fin, no es éste el propósito que persigue este texto, aunque la referencia es importante porque enmarca la historia de una relación que vivieron dos personajes centrales en la cultura de Hispanoamérica y que en ella se distinguieron por haber sido protagonistas centrales en el combate contra el viejo positivismo. En las páginas que siguen se verá cómo fueron construyéndose esas figuras, esos tipos.

2

Como es bien sabido, Pedro Henríquez Ureña y Antonio Caso se conocieron desde el año de 1906, cuando el dominicano llegó a México y, tras haber vivido unos meses en Veracruz, remontó la Sierra Madre y llegó a la capital de la República. Contaban con apenas 23 años de edad y sus vocaciones ya apuntaban hacia lo que fueron, grandes humanistas. Pero sólo eso. Apuntaban, todavía no se definían y, lo que es peor, no había muchas opciones dónde ejercerlas. Los dos tuvieron que estudiar Derecho. Es decir, prepararse para algo que no llegarían a ejercer del todo. Pese a ello, era la opción más viable.

La primera referencia que da don Pedro acerca de Caso en sus *Memorias* es cuando habla de los mexicanos que conoce en la capital, una vez que se asienta en ella en el año mencionado. Dice: "Antonio Caso, a quien oí un discurso en la velada del centenario de Stuart Mill, discurso que me reveló una extensa cultura filosófi-

ca y una *manera* oratoria incorrecta todavía, pero prometedora''.¹ Y más adelante ofrece una semblanza más redonda, todavía tamizada por la impresión que le causó a don Pedro la disertación sobre Mill:

El primero [Caso], joven alumno de la Escuela de Jurisprudencia, es ya una personalidad intelectual; une a su profundo conocimiento de las ciencias filológicas y sociales, una palabra brillante y fácil. Su discurso fue una rápida y certera ojeada en la historia de la filosofía y un juicio conciso de la obra y de la significación de Stuart Mill.²

La vocación de *testis temporum* ejercida por don Pedro lo lleva a ser el cronista interno de la generación a la que se fue integrando, así como del grupo que ayudó a formar. Me refiero al movimiento que desembocó en 1909 en la formación del Ateneo de la Juventud, asociación fundamental en la historia cultural mexicana. Sin el valiosísimo testimonio de don Pedro no se conocerían aspectos internos difíciles de captar sólo a través de las referencias hemerográficas.³ Su calidad de cronista lo llevó a enviar crónicas a su tierra natal, donde daba a conocer el desenvolvimiento de la vida cultural mexicana, que poco a poco avanzaba de los salones aristocratizantes hacia públicos mayores, a través de las conferencias públicas. En una de esas crónicas vuelve a resaltar las cualidades oratorias de Caso, así como el recuerdo del discurso sobre Mill, un año después, al referir las conferencias del Casino de Santa María, de 1907:

¹ Lamentablemente este trabajo es unívoco, es decir, sólo da el punto de vista de Pedro Henríquez Ureña, por ser él el único memorioso de ambos. No hay, que se sepa, un archivo epistolar de Caso que complemente la pequeña historia de esta relación; véase Alfredo A. Roggiano, *Pedro Henríquez Ureña en Méjico*, México, UNAM, 1989, p. 35; también, Pedro Henríquez Ureña, *Memorias. Diario*, introd. y notas por Enrique Zuleta Álvarez, Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1989, p. 127. En ese año de 1989 aparecieron estos textos fundamentales para la biografía de don Pedro, que dan a conocer los recuerdos de Pedro Henríquez Ureña redactados entre 1909 y 1911. Cuatro años más tarde apareció un buen complemento derivado en parte de la misma fuente: Sonia Henríquez Ureña de Hlito, *Pedro Henríquez Ureña. Apuntes para una biografía*, México, Siglo XXI, 1993.

² Alfredo A. Roggiano, *op. cit.*, p. 37.

³ Sobre el Ateneo, afortunadamente, existe una buena bibliografía; cf. Alfredo A. Roggiano, *op. cit.*, pp. 113-129 y mi artículo "El Ateneo de la Juventud: grupo, asociación civil, generación", en Álvaro Matute, *La Revolución Mexicana: actores, escenarios y acciones. (Vida cultural y política, 1901-1929)*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1993, pp. 53-70.

La segunda conferencia (12 de junio) estuvo a cargo de Antonio Caso. Éste sí era conocido como orador de cuerpo entero; hace un año, obtuvo un gran triunfo cuando habló a nombre de la Escuela de Jurisprudencia en la velada del centenario de Stuart Mill, a la cual dio carácter de consagración nacional la presencia de Porfirio Díaz y su gabinete en pleno. Ahora habló Caso sobre Nietzsche y nos tuvo pendientes de su palabra durante una hora, recorriendo rápidamente la vasta obra del pensador alemán.⁴

La afinidad electiva los lleva a la amistad. El testimonio siguiente es el que da noticia de la formación de una trinidad fundamental, celebrada en los "días alciónicos":

A partir de mediados de 1907, un tanto decepcionado, pensé que era mejor circunscribir mi grupo; el resultado fue una intimidad mayor con Alfonso Reyes, que fue el más adicto a nosotros después de la disolución de nuestra casa, luego con Acevedo y por último con Caso. Llegamos a formar un trío Caso, Alfonso y yo, y durante todo el año de 1908 y la primera parte de éste [1909], la casa del primero fue el centro de nuestra reunión y nuestras disquisiciones filosóficas y literarias.

Esta amistad, triángulo cuyo vértice era el dominicano, fructificó a la larga en la cultura hispanoamericana, dados los alcances continentales de los tres, sobre todo de Reyes y Henríquez Ureña. La interacción entre ellos acrecentó las vocaciones literarias de unos, filosóficas de otros. En ese sentido, también Henríquez se colocaba en medio: Reyes miraba la literatura, Caso, la filosofía. Don Pedro, por lo menos en aquellos años —o días alciónicos— si bien caminaba hacia la crítica literaria —*Ensayos críticos* así lo indicaba— no estaba nada lejano a ser un sólido historiador de la filosofía.

3

ANTES de entrar en ese orden, es menester conocer el camino de Damasco filosófico que experimentaron Henríquez y Caso, gracias a una de esas figuras meteóricas que aparecen en todas las generaciones académicas o intelectuales, que destacan por su brillantez y por su paso fugaz. Se trata de Rubén Valenti (1879-1915), abogado

⁴ Pedro Henríquez Ureña, "Conferencias y tés", en *La Cuna de América* (Santo Domingo), 25 de agosto de 1907, reproducido en Alfredo A. Roggiano, *op. cit.*, p. 54.

chiapaneco, ávido lector de las novedades filosóficas que le brindaban las revistas italianas. Su poder de convicción no hizo parejas con la sistematización y el rigor que exigen las tareas académico-intelectuales y su presencia se debe al rescate que hace el dominicano de su paso por el mundo. Acaso en la prensa haya muestras de su saber y su pluma. Demos paso a una cita larga de don Pedro, en la cual explica cómo Caso y él abandonaron por completo el positivismo:

En el orden filosófico, he ido modificando mis ideas, a partir también del mismo año de 1907. Mi positivismo y mi optimismo se basaban en una lectura casi exclusiva de Spencer, Mill y Haeckel; las páginas que había leído de filósofos clásicos y de Schopenhauer y Nietzsche no me habían arrastrado hacia otras direcciones. Sobre todo, no trataba yo sino con gentes más o menos positivistas, o, de lo contrario, creyentes timoratos y anti-filosóficos. El positivismo me inculcó la errónea noción de no hacer metafísica (palabra cuyo significado se interpretó mal desde Comte); y a nadie conocía yo que hiciera otra metafísica que la positivista, la cual se daba ínfulas de no serlo. Por fortuna siempre fui adicto a las discusiones; y desde que los artículos de Andrés González Blanco y Ricardo Gómez Robelo me criticaron duramente mi optimismo y mi positivismo (el del libro *Ensayos críticos*), tuve ocasión de discutir con Gómez Robelo y Valenti esas mismas ideas; las discusiones fueron minando en mi espíritu las teorías que había aceptado. Por fin, una noche a mediados de 1907 (cuando ya el platonismo me había conquistado, literaria y moralmente), discutíamos Caso y yo con Valenti: afirmábamos los dos primeros que era imposible destruir ciertas afirmaciones del positivismo; Valenti alegó que aún la ciencia estaba ya en discusión, y con su lectura de revistas italianas nos hizo citas de Boutroux, de Bergson, de Poincaré, de William James, de Papini... Su argumentación fue tan enérgica, que desde el día siguiente nos lanzamos Caso y yo en busca de libros sobre el anti-intelectualismo y el pragmatismo. Precisamente entonces iba a comenzar el auge de éste, y la tarea fue fácil. En poco tiempo, hicimos para nosotros la crítica del positivismo; compramos James, Bergson, Boutroux, Jules de Gaultier y una multitud de expositores menos importantes... volvimos a leer los maestros: Caso poseía una biblioteca bastante completa de filósofos; yo me dediqué a obtener, en Europa, en los Estados Unidos, en México, y hasta pidiendo algunos libros de la biblioteca de mi padre, las obras maestras de la filosofía moderna: Bacon, Descartes, Pascal, Leibniz, Spinoza, Kant, Hegel, Fichte, Schelling, Schopenhauer, hasta Comte.⁵

La materia filosófica aparecerá en *Horas de estudio*, libro que, a su vez, recoge material publicado en la *Revista Moderna*. Antes de

⁵ *Ibid.*, pp. 76-77.

referir su comentario a las conferencias de Caso, que conforma la mayoría del material filosófico del libro, conviene recordar las notas a *Las corrientes filosóficas en América Latina*, de Francisco García Calderón, recogidas en la revista mencionada.

La tendencia hispano-americana al idealismo (cosa no indiscutible), no explica la hegemonía francesa; en todo caso, explicaría una hegemonía de Alemania, verdadera creadora de sistemas idealistas. Sólo forzando los hechos puede aplicarse de francamente idealista el movimiento filosófico francés.

Esta afirmación es todavía prematura y demasiado general, excepto si se toma el nombre de Bergson como ejemplo, sin primacía sobre los demás pensadores contemporáneos. En las conferencias, discursos y escritos de Antonio Caso, Ricardo Gómez Robelo, Alfonso Cravioto, Rubén Valenti y otros jóvenes —así como en el memorable discurso de D. Justo Sierra, en honor de Barrera— se nota ciertamente grande interés por el pensamiento nuevo: la influencia de Schopenhauer (voluntarismo, estética neoplatónica, pesimismo), Nietzsche y la discusión de los valores morales, William James y el pragmatismo, Bergson, Boutroux, el idealismo de Jules de Gaultier, así como la reacción contra todo lo que ha envejecido en Comte, Spencer, Haeckel, la filosofía del arte de Taine, la psicología de los pueblos de Renan, el materialismo histórico, la psicofisiología y la sociología organicista.

Acaso no les resultó dolorosa la ruptura con la vieja filosofía-ideología dominante. En el caso mexicano, la Escuela Nacional Preparatoria seguía siendo el bastión del positivismo, por el hecho de tratarse de una institución fundada por un discípulo directo de Augusto Comte. Si atendemos la experiencia de una trayectoria vital tan bien elaborada como la de José Vasconcelos, es posible trazar en una las vivencias de muchos jóvenes mexicanos: la infancia se debía a una formación católica, de índole materna, matizada por un cierto jacobinismo paterno. La juventud, que traía consigo la separación del hogar, con el ingreso a la Preparatoria, ponía a los estudiantes de frente a las enseñanzas del comtismo y los pensamientos de Mill, Spencer, los populares Haeckel y Le Bon, acaso Taine y Renan, para los que leían historia, y ello los llevaban a las crisis de ruptura con la religión y a "modernizar" sus nociones de liberalismo.⁶ Por su parte, don Pedro da cuenta de su formación espiritual en las

⁶ José Vasconcelos, *Memorias. Ulises criollo, La tormenta*, México, FCE, 1982, *passim*.

primeras páginas de sus propias *Memorias*. Hay puntos comunes y diferencias entre la formación de unos y otros. Don Pedro ejemplifica una formación menos extremosa que la de Vasconcelos. En todo caso, los golpes quinceañeros recibidos del positivismo ya no les produjeron mayores daños. El ambiente los empujaba a liberarse de la ya no tan dominante filosofía.

4

EL año de 1909 resultará fundamental para historiar la declaración más formal de guerra a la vieja doctrina implantada por Barrera en el local del antiguo colegio jesuita de San Ildefonso. Antonio Caso pronunciaría una serie de conferencias sobre el positivismo en uno de los salones de la Escuela Nacional Preparatoria. De ellas no quedó la versión directa, aunque más tarde Caso haría una reelaboración a partir de sus materiales. Es por ello que la crónica testimonial de Henríquez Ureña es fundamental para valorar contenido y trascendencia de esas conferencias, tan llenas de significado en la historia del pensamiento mexicano. Sin embargo, la circunstancia política aparece como elemento disruptor en el hasta entonces tranquilo panorama mexicano. El año siguiente, 1910, además de ser esperado por ser el del centenario del inicio de las guerras de independencia, habría de ser año de renovación de poderes. Esto, dentro del marco de las reiteradas reelecciones de Porfirio Díaz, era en sí toda una expectativa.

El triángulo anteriormente formado se vería afectado por la circunstancia, en virtud de que Alfonso Reyes era hijo de una de las figuras centrales de la política mexicana, el general Bernardo Reyes, modernizador del ejército mexicano, excelente administrador y cuya imagen era la de un viable sucesor de Porfirio Díaz, pero que contaba con la franca oposición de los "científicos", grupo ligado a la política financiera, que buscaba asegurar su continuidad en el poder con el control de la vicepresidencia de la República en manos de Ramón Corral. Había, pues, tres tendencias: el reeleccionismo, que apoyaba a Corral, el reyismo, que buscaba instalar al general Reyes en la vicepresidencia, y el antirreeleccionismo, cuyo motor era un joven coahuilense, Francisco I. Madero, que había publicado un libro en 1908 sobre la esperada sucesión presidencial que se avecinaba. Don Pedro, sensible a la situación, se encuentra dividido. Como extranjero no tenía participación política. Acaso, porque su amistad con Reyes era grande, se inclinaba más por el general.

Sin embargo, su oficio de periodista y escritor lo llevaba a todos los rincones políticos. La Secretaría de Instrucción Pública le ofrecía participar en la elaboración de una extensa antología literaria. También le abrían las páginas de periódicos creados *ex professo* para apoyar la reelección, y, lo que lo presenta como imprescindible, es que José Vasconcelos, director del periódico maderista *El Antirreeleccionista*, lo contrata para que se ocupe de la sección de cultura. Volviendo a la relación con don Antonio, recuerda:

La amistad con Caso debía, sin embargo, llegar a alterarse. Desde principios de este año [1909], la política de México es un mar de leva; mientras que los adictos al gobierno y al partido científico trabajan por la reelección de Porfirio Díaz y de su vice-presidente Corral, ha surgido un corto partido de oposición que se llama Anti-reeleccionista, y ha cobrado inusitado auge el Partido del General Reyes. Los reeleccionistas han formado clubs, fundado periódicos, organizado excursiones; y una de sus manifestaciones primeras fue la postulación el día 2 de abril, de sus candidatos Díaz y Corral. Caso se dejó atraer por el Maquiavelo del partido científico, Rosendo Pineda, y accedió a ser orador en la velada del 2 de abril, y a ser director del semanario *La Reelección*. Antes de aceptar esos cargos me consultó; yo le recomendé que se abstuviera de ellos, y en mi presencia llegó a redactar una carta de renuncia, pero no se atrevió a enviarla, y aceptó ambas cosas. La opinión de los independientes le fue desfavorable; no se diga la de los revistas. Yo, por mi parte, le había aconsejado independencia absoluta; es decir, continuación de su actitud anterior, pues Caso había pronunciado varios discursos ante Porfirio Díaz y se había distinguido por no haber hecho ninguna alusión a él, como la mayoría de los oradores, y además, en lo privado, se manifestaba enemigo del actual orden de cosas, aunque en manera alguna partidario de Reyes. Esta flaqueza de Caso me hizo entibiarme con él. Por lo demás, la renuncia a la dirección del periódico tuvo que hacerla después de haber aparecido su nombre allí durante algunas semanas; porque Ramón Prida, el socio de Pineda, escribió un artículo contra Diódoro Batalla, para publicarlo anónimo en *La Reelección*; Caso quiso que se suprimiera un párrafo insultante del artículo, y así se le prometió; pero a escondidas se hizo imprimir el artículo íntegro. Ante esta conducta Caso se vio obligado a renunciar; y todavía Pineda le dijo que hacía mal. Ahora ha comenzado Caso a dar una serie de conferencias en la Escuela Nacional Preparatoria sobre la historia del positivismo.⁷

Antes de entrar en el comentario sobre estas conferencias de 1909, fundamentales para expresar la ruptura contra el positivismo, conviene tener presente la carta enviada a Reyes, a propósito de las

⁷ Alfredo A. Roggiano, *op. cit.*, pp. 84-85.

debilidades políticas de Caso. En las propias *Memorias*, don Pedro hace hincapié en la amistad que sostiene con Alfonso y Rodolfo Reyes, sobre todo con el primero, pero que ello no quiere decir que realmente sea reyista, como algunos lo identifican, por la amistad con los hijos del general.

En carta del 3 de abril escribe Henríquez Ureña a Reyes acerca de lo ocurrido en la velada en que fue hecha la postulación. Comenta que *El País* no publicó crónica y que habrá que esperar la de *El Imparcial*. Comenta varios de los discursos, entre ellos el de Nemesio García Naranjo, que utilizó la figura de Cincinato para referirse al general Díaz: los grandes guerreros son aquellos que saben cómo comportarse en tiempos de paz. Informa a Reyes que hubo vítores para Díaz, pero en algunas secciones del recinto se escuchaban silbidos para Corral. Al llegar al punto:

Por fin habló Caso; discurso flojísimo desde puntos de vista literarios e ideológicos; el "chavismo", como dice Villalpando, la ineptitud para saber encajar los términos y las ideas científicas con que se quiere hacer efecto y recalcar las ideas o "autorizarlas": así sucedió cuando quiso exponer justamente aquellas ideas que conversamos una noche en tu cuarto con Rodolfo, sobre la voluntad y la atención, más particularmente sobre la voluntad enérgica como determinante de la personalidad. Todo su discurso fue completamente teórico, sin mencionar a las personalidades en cuestión; habló en realidad de la democracia, manoseando el manoseado tema de la imposibilidad de implantarla de pronto en México; hizo alguna alusión al Club Democrático, que tal vez sólo yo noté, al censurar a los ilusos que formulan planes irrealizables; dijo que lo urgente era ir caminando paso a paso en ese camino a la democracia, y que algún día, cuando los mexicanos fueran en algo comparables a los ciudadanos de Atenas, podrían realizarse los sueños que todos alientan. Pero mientras tanto, y en esta ocasión (esto fue el *clou* del discurso), que todo el mundo hablara francamente, que propusiera lo que pensara sinceramente, que se expresara la opinión pública, pues sólo los cobardes no tenían derecho a entrar en las lides públicas. Esto levantó en vilo al público de las galerías, tan remiso o contrario a los oradores. Sólo una frase dijo Caso sobre los candidatos: la de postulación, que recalcó con demasiada oratoria: "honradamente, con la frente erguida, muy erguida, etc.". En suma: parece que el discurso se ha tomado como suficientemente independiente; el público antirreeleccionista de las galerías lo hizo suyo; el grupo reeleccionista lo encontró bueno. Ya sabes la manía de Corral de aprobar de manera ostensible todos los discursos que oye. Pineda le imita en esto. Pudiera decirse que todo se ha salvado, menos el honor. El honor no sabe de honores, como dice mi tío Fred. Pero éstas no son sino frases. *El Imparcial* reseña brevemente lo de Orrin y *suprime el nombre* de Caso. Me figuro que es intencional, pues no había de olvidárseles

el *clou*... Yendo ahora al punto personal, te diré que la noche del 10. de abril, después de haber llegado tarde para la salida de ustedes, pasé a ver a Caso; y naturalmente hablamos del asunto; llegó a confesarme que todo el mundo se lo tenía a mal: su suegro, Nacho Bravo (el cual no figura en estas cosas; cosa rara, como hace notar Alfonso Cravioto), *nosotros*... Le dije que, ya que iba a hablar, lo hiciera con dignidad; y ya ves que trató de hacerlo. Se impresionó grandemente por tu actitud, que yo inconscientemente le describí, y teme haber perdido tu amistad, tomada ésta en sentido profundo. Como yo, después de la crisis que he sufrido esta semana, he llegado a un *statu quo* moral en este respecto, creo que tú no tendrás inconveniente en lo mismo; y si te parece bien puedes escribirle alguna carta en verso de esas que prometías; por supuesto, alusiva solamente a Chapala y demás cosas que a nadie le importan; pero eso sí, con verdadero tono de *insouciance* en el cual no sospeche qué piensas en la política...⁸

¿Fue ese alejamiento político causa de la actitud severa con la cual Henríquez Ureña comentó las conferencias de Caso sobre el positivismo? Es posible, dado que con Alfonso Reyes, Julio Torri, y en general con los menores, don Pedro tomaba una actitud admonitoria con sus congéneres. El asunto es que Henríquez publicó un par de artículos en la *Revista Moderna* que más tarde fueron incorporados en *Horas de estudio*. Las conferencias de Caso implicaban todo un manifiesto político-académico. Se trataba de la primera exposición sistemática sobre la filosofía oficial imperante, de parte de alguien que había destacado ya en la crítica a la doctrina iniciada por Comte, en sus conferencias sobre Stirner y Nietzsche. De ahí que el público —y en ese sentido don Pedro era la avanzada inteligente de ese público— esperara el acto demoledor, precisamente en el recinto en el cual, en México, se propagó la doctrina, en la enseñanza de alguien que había escuchado directamente a Comte en París y había hecho una lectura puntual de su obra. Tal expectación queda expresada en el primer artículo, dedicado éste a “El positivismo de Comte”: “De Caso —a quien ha elogiado en las líneas anteriores— podía esperarse estudio libre y lleno de variedad, enriquecido con las opiniones de la crítica reciente; en verdad, muchos lo esperaban”.⁹

⁸ Alfonso Reyes-Pedro Henríquez Ureña, *Correspondencia I, 1907-1914*, edición de José Luis Martínez, México, FCE, 1986, pp. 143-146.

⁹ Pedro Henríquez Ureña, *Obra crítica*, edición, bibliografía e índice onomástico por Emma Susana Sperati Piñero, prólogo de Jorge Luis Borges, México, FCE, 1981, pp. 52-53.

Después de este anuncio, se aparta propiamente de reseñar las conferencias para tomar él mismo la palabra y asumir la exposición crítica del positivismo comtiano, en un texto de enorme claridad filosófica. El significado de este trabajo, así como de las conferencias de Caso, radica en que es la primera crítica al positivismo desde una perspectiva filosófica que implica una superación de la vieja doctrina, cuyo único opositor sistemático fue el pensamiento católico, del cual también se aparta Henríquez Ureña.

En el primer párrafo del segundo artículo, don Pedro regresa el reproche a don Antonio: "falta de originalidad y de crítica", pero elogia la serie siguiente sobre "El positivismo independiente", que "nos resarcieron de la deficiencia inicial". Piensa Henríquez Ureña que "el conferencista presentó la filosofía de Comte como monumento dogmático difícil de tocar". Sigue, pues, la exposición sobre los temas que abordó Caso en las siguientes conferencias, ya sin apartarse del plan expuesto en ellas, sólo agregando sus comentarios sobre aciertos y ausencias.

Spencer, Mill, Taine, sobre todo el segundo, fueron las figuras más abundantemente tratadas. Se advierte que ambos, Caso y Henríquez, habían leído bien a Mill y tenían su herencia como algo valioso, aunque ya buscaran por otros rumbos. Anota como ausencias a Renan, Dühring y Haeckel. La cita siguiente condensa el sentir del dominicano sobre el mexicano:

Como pensador, Caso tiene una gran ventaja sobre la gran mayoría de los que, entre nosotros, estudian cuestiones filosóficas: un conocimiento seguro de la evolución del pensamiento europeo. Mientras la generalidad de los que, en América, discuten sobre aspectos (invariablemente la escolástica o el positivismo), Caso conoce a los grandes maestros, y afronta los problemas con criterio independiente. Suele sentir temores y por respeto a la autoridad, aceptar sin discusión una idea, o, por miedo a destruir, esquivar el análisis (como hizo al hablar de Comte): pero cuando se siente firme, recorre con segura agilidad los problemas y las series históricas. Su facultad crítica no da todavía productos normales: si unas veces profundiza (*v.gr.*, sobre las contradicciones mentales de Taine), otras apenas desflora las cuestiones. En cambio, su modo de exponer ha adquirido vigor y consistencia notables; y, en general, la ordenación sintética de sus disertaciones es excelente: cualquier espíritu disciplinado puede reconstruirlas fácilmente después de oírlas.

Y concluye:

De todos modos, la conferencia final de Caso fue un alegato en favor de la especulación filosófica. Entre los muros de la Preparatoria, la vieja escue-

la positivista, volvió a oírse la voz de la metafísica que reclama sus derechos inalienables. Si con esta reaparición alcanzara ella algún influjo sobre la juventud mexicana que aspira a pensar, ése sería el mejor fruto de la labor de Caso.¹⁰

Cosa que efectivamente logró, se puede agregar.

5

YA más avanzado el año de 1909, en los distintos textos de Henríquez Ureña siguen apareciendo menciones y referencias a Caso, aunque no propiamente juicios extensos u opiniones. A fines de octubre tiene lugar la instalación del Ateneo de la Juventud, presidido por Caso y del que fue primer secretario don Pedro. Si bien son de interés las noticias que ofrecen las *Memorias* y la correspondencia, no hay mayores alusiones a cuestiones filosóficas. Lo mismo sucederá en 1910, con la inauguración de la Universidad Nacional de México, en la cual don Pedro desempeñará el cargo de auxiliar de la Secretaría General, ésta encabezada por Caso. En los años siguientes, la batalla contra el positivismo emprendida por ambos se anotará triunfos importantes. Caso polemizará con el ortodoxo comitiano Agustín Aragón en torno a la razón de ser de la Universidad—institución a la que los comitistas consideraban expresión del estadio metafísico—y la nueva Escuela Nacional de Altos Estudios, de la cual, en 1913 y 1914, Henríquez Ureña será uno de los más destacados profesores. Asimismo, en la Universidad, Henríquez Ureña colaboró en la confección del plan de estudios de la Escuela Nacional Preparatoria, cuando fue secretario de Instrucción Pública un miembro del Ateneo de la Juventud, Nemesio García Naranjo. En dicho plan, se borró todo vestigio del positivismo.¹¹

Como corolario, una última opinión, vertida más tarde, desde Nueva York, después de dos años de haber salido de México. La circunstancia se circunscribe a una nueva relación epistolar, ahora con Julio Torri, uno de los ateneístas que permanecieron en México. Torri participó con Pablo Martínez del Río en la redacción de

¹⁰ *Ibid.*, pp. 64-72.

¹¹ Véase Antonio Caso, *Obras completas I. Polémicas*, prólogo de Juan Hernández Luna, compilación de Rosa Krauze de Koltenuk, revisión de Carlos Valdés, México, UNAM, 1971. Sobre la trayectoria de Pedro Henríquez Ureña en la Universidad Nacional de México, véase Pedro Henríquez Ureña, *Universidad y educación*, México, UNAM-Difusión Cultural, 1984.

una nueva revista literaria y de ideas, llamada *La Nave*. De ella sólo salió un número, en 1916. Torri le envió ejemplares a don Pedro y él, además de distribuir algunos ejemplares, le hizo una fiel y rigurosa recensión al número, llena de sugerencias y comentarios sobre cada artículo.

Antonio Caso fue, desde luego, uno de los colaboradores de *La Nave*. Desde luego, porque al igual que Torri, fue otro de los ateneístas que no abandonaron México. Para entonces ya había ganado gran fama y ascendente entre la nueva generación, de la que Henríquez Ureña había también sido significado maestro. Caso preparaba un libro sobre filosofía de la historia que publicó, por fin, hasta 1923, pero que en diversas revistas fue dando a conocer algunos adelantos. El que sería primer capítulo fue publicado como artículo en la citada revista. El comentario de Henríquez Ureña es el siguiente:

Caso: artículo muy serio, y también de alto prestigio para *La Nave*. Caso sostiene una idea que en ocasiones ha combatido: la de que no existe el progreso. Por supuesto, yo estoy de acuerdo con su tesis actual. Pero en el orden del estilo hay un retroceso respecto de su "Conflicto interno de nuestra democracia" y demás artículos sobre la cuestión mexicana, especialmente, el intitulado "Jacobinismo y positivismo", en que el estilo está suelto y casi fresco. Ha vuelto a sus palabras de tratado de lógica, incoloras, casi sin representación. Y además, vuelve a citar a los autores de siempre: Comte, hasta Renouvier (a Martín el recordar este nombre le pareció la evocación de un fantasma olvidado; el artículo en general le dio la impresión de que estaba en plena época escolástica). Él dirá que cómo se puede tratar de esas cuestiones sin citar autores; pues sí se puede: pensándolas uno por su cuenta. ¿Cómo Bergson, o cualquier otro filósofo, escriben sin citar? Porque desarrollan ideas propias. Ya Caso debe salir de la adolescencia intelectual: dejar de apoyarse en las autoridades. A menudo le convendría citar ideas sin mencionar nombres.¹²

En rigor, Henríquez Ureña pide a Caso escribir como Vasconcelos. Este último prescinde de las citas en sus textos filosóficos si no se refiere a un autor. Caso tiene más el tono académico de hacer sus referencias puntuales a los autores de los que toma una idea o la discute. Creo que don Pedro pecó de rigorismo en esta carta, ya que las tesis centrales son originales de don Antonio. Se trata de un artículo novedoso y crítico.

¹² Julio Torri, *Epistolarios*, edición de Serge I. Zaitzeff, México, UNAM, 1995, pp. 232-233.

La relación Caso-Henríquez Ureña volvería a fructificar. Al regreso del dominicano a México en 1921 se reencontrarían en la Universidad Nacional, que regiría Caso. El espacio académico que ambos ayudarían a construir a partir del año del Centenario, once años después, sería promisorio y central en el renacimiento cultural que se vivía en México bajo la égida de Vasconcelos. Esta nueva etapa, en la que el positivismo ya estaba liquidado, debe dar lugar a otro recuento de citas y opiniones.¹³

¹³ Sobre la etapa 1921-1924, el recuento más redondo es el de Alfredo A. Roggiano, *op. cit.*, una opinión sobre la ruptura Henríquez Ureña-Vasconcelos, en mi artículo "Pedro Henríquez Ureña y la Universidad de México", en Álvaro Matute, *op. cit.*, pp. 77-88.